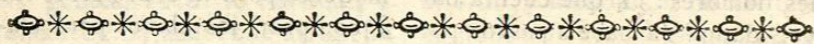


desnudo á la vergüenza, le viste de sus propias vestiduras, no de compasion, sino de malicia, para que ya que por el rostro no le conociesen, que eso era imposible, por estar tan trocado, y afeado, lo conociesen por la vestidura, y así para con todos quedase infamado, y deshonorado. Ponte á ver muy de espacio todo esto, alma christiana: mira lo primero el tumulto, el orgullo, y alegria de aquellos malvados, viendo que habian salido con la suya en haberle hecho condenar á la afrentosa muerte: mira lo segundo aquella mansedumbre del Señor, como viendo tan alegres á sus enemigos, no solo no se indigna contra ellos; antes

tiene afligidísimo el corazon de ver que se alegran de su propia condenacion, y les tiene grande lástima. Mira lo tercero, como se dexa otra vez desnudar á la vergüenza, y como quando con aquellos tirones le quitan, y rompen la púrpura, temblando se vá á caer ya para un lado, ya para otro, y luego se vá vistiendo sus propias vestiduras por encima de la corona de espinas; y como se enreda en ellas la ropa, y los Verdugos tiran de ella acá abaxo con mucha crueldad, lastiman grandemente al Señor; y ciñéndole una sogá á su santísimo cuerpo, le ponen otra al cuello, y juntamente le dicen muchos oprobrios.



## MISTERIO CUARTO.

DE QUANDO AL MONTE CALVARIO  
llevó la santa Cruz acuestas el Hijo  
de Dios.

320 **C**onsidera como ya dispuestas todas las cosas, preparado el sagrado madero de la Cruz, los clavos, sogas, martillos, esponja, y todo lo necesario para el martirio, y puestos en orden los Soldados, tendidas las banderas, y á punto los pregoneros, y trompetas, salió el Rey del mundo cercado de Sa-

yones, y así que vió enarbolado el sacrosanto Madero, y que le estaban esperando con él, tomó grande aliento, y fuese á él con alegria, diciéndole mil ternuras, y palabras muy dulces, y suaves (que así lo puedes creer piadosamente). ¡O Cruz santa, y preciosa, por mí tanto tiempo buscada, tantas veces deseada, con ardiente afec-

afecto solicitada, y ya con grande gloria para mí preparada! Ven, descanso mio, alivio único de mis abrasadas ansias, fin glorioso de mis tormentos, dolores, y fatigas, principio de mi gloria, centro de mi Reyno, triunfo de mis victorias, insignia de mis Capitanes, y Estandarte Real de mis Ejércitos. Ven ahora á mis brazos, amada mia, y luego me recibirás en los tuyos: descansa tú ahora en mí, que luego descansaré yo, y dormiré en tí. Y en esto puedes considerar que el Señor se abrazó con la Cruz con grande alegria, y la besó con gran ternura, dexando espantados á todos los ministros de la maldad. ¡O alma! No dudes de que estos, y otros muchos requiebros diria el Señor á su Cruz, enamorándola, y engrandeciéndola, para que los Christianos, enamorados de ella, no la desprecien. Ea, no tengas en poco tan soberana prenda; y pues que el Señor tanto la ama, bien debe ser amada de sus criaturas, solicitada de sus amigos, y estimada de todos los que se desean salvar. Por la Cruz fuiste redimido, y por la Cruz has de conseguir la salvacion. Abrázate, pues, con ella á imitacion de tu Dios: cárgala con su divina Magestad, siguiendo sus pisadas por la negacion propia

de tí mismo, y así serás compañero del Señor en sus glorias, puesto que le acompañas en sus penas.

321 Considera como los Verdugos con feas, y malas palabras le pusieron sobre los hombros molidos el madero de la Cruz, que comunmente dicen tenia quince palmos de largo, y ocho de brazos, y gruesísimo; y fuera de ser grueso, era muy tosco, y muy pesado, porque como dice S. Gregorio Niseno (a), era de encina; y el Señor con grande valor, é inaudita humildad, no obstante que estaba con mortal flaqueza, inclinó sus hombros, y recibió acuestas aquella carga pesadísima, en donde estaban encerrados todos los cargos del Linage humano. Pusiéronse en dos alas los Soldados, y por medio iba el Señor de la Magestad rodeado de Sayones. ¡O grande espectáculo! exclama el gran Padre de la Iglesia San Agustin (b). Si se atiende á la impiedad con que lo llevan, no puede imaginarse mayor afrenta: si se mira la piedad del que llevan, es un inefable misterio; porque allí se ve el inocentísimo Abel, á quien la envidia de Cain saca al campo para quitarle la vida (c): allí se ve la obediencia de Isaac con la leña acuestas caminando al monte, en que ha de ser sacrificado (d): allí

(a) Apud Carthag. lib. 10. hom. 26. (b) 117. in Joan. (c) Genes. 4. & 22. (d) Genes. 22.

allí se vé á Jacob con la Escala preparada, para que por ella suban los hombres: allí se vé á Moyses con su Vara, que va contra los Egipcios para destruirlos, y poner en libertad á los verdaderos Israelitas (a): allí se ve al valeroso Josué, que va á levantar su escudo, y ponerle en la punta de su hasta contra la rebelde, y maldita Ciudad de Hai (b): allí se ve el humilde David caminando con el báculo en las manos para derribar, y echar por tierra la soberbia de Goliath (c); y finalmente allí se vé el mas estupendo, y mas raro suceso que jamas el mundo ha visto: allí se ve al Unigénito del Eterno Padre, verdadero Dios, y Criador universal de todas las cosas, afrentado, infamado, y condenado á morir por sus mismas criaturas, que le llevan entre dos ladrones para ser castigado como ladrón con la mas afrentosa, y cruel muerte del mundo, la qual vá á padecer el Autor de la vida para librar á los suyos de la eterna muerte del Infierno.

322 Considera que ves caminar á tu Dios por aquellas calles, llevando por delante de sí á aquellos falsos pregoneros, los quales pidiendo atención con la voz de las trompetas á la innumerable multitud de gente que

se habia juntado de todos estos, pregonaban, pues, en voz alta la sentencia dada por Pilato contra Jesus Nazareno por falso Profeta, engañador de las gentes, inquietador de las Repúblicas, sembrador de falsas doctrinas, y nigromántico, que con pacto que tenia con los demonios, obraba fingidos milagros, valiéndose para ello de Beelcebú, Príncipe del Infierno, y por tirano usurpador de Reynos, y traidor al Cesar Emperador de Romanos. ¿Has visto, Christiano, testimonios semejantes, mentiras mas claras, y falsedades mas insolentes? ¡O santísima, purísima, y nobilísima inocencia de Dios Hombre, y cómo se conoce aquí vuestra infinita misericordia, y bondad! Aquí se ve claramente como habeis cargado, y echado sobre vos mismo todos los pecados de los hombres, y que por ellos vais á morir con tanta afrenta. Nosotros somos los engañados por el demonio, y los que con nuestras mentiras, y engaños engañamos á muchos; y vos sois quien nos desengaña con la misma verdad: pero no quiere el mundo vuestros desengaños. Nosotros somos los que inquietamos los Reynos, y Provincias por nuestras codicias, y ambiciones; y vos sois el pacificador universal de todas las criaturas,

(a) Exod. 15. (b) Josue 8. (c) 1. Reg. cap. 17.

criaturas, como su Criador. Nosotros somos los ciegos, que abrazamos las falsas doctrinas, y errores que sembró el demonio en este mundo: y Vos la Verdad eterna, el camino, y la Vida de las almas. Nosotros somos los amigos del demonio, los que tenemos tratos, y hacemos pacto con él; y Vos quien lo destruye, aniquila, y quita las fuerzas. Nosotros somos los tiranos, que nos levantamos á mayores contra nuestro legítimo Rey, pagándole al Cesar lo que es de Dios, y á Dios lo que es solo del demonio, que son las culpas; y Vos sois el que mandais que se dé á cada uno lo que es suyo. Vos padecéis por nuestros engaños, y mentiras, siendo eterna Verdad: por nuestros disturbios, é inquietudes, siendo el Príncipe de la paz: por nuestras falsedades, ceguedades, y errores, siendo la verdadera luz, que ilumina á todos los que vienen á este mundo: padecéis por nuestras supersticiones, y tratos ilícitos con el demonio, siendo aquel fuerte armado, que le quitais las fuerzas, y los despojos, y vencido, le poneis en prisiones: padecéis por nuestras traiciones, y rebeldías, por nuestras ambiciones, y codicias, por nuestras altiveces, y soberbias, siendo el altísimo Príncipe, y soberano

Rey de la Gloria. ¡O alma! Mira á tu Dios qué va afrentado con tus pecados en la mayor publicidad del mundo, y aprende á pisar las humanas honras, y despreciar los favores de los hombres: mira aquel gran Profeta, poderoso en obras, y milagros portentosos, aquel gran Señor, tenido, creído, y confesado por Hijo de Dios, ahora pregonado públicamente por ladrón, por traidor, y engañador de los hombres: mira lo que es el mundo, y acaba de conocerlo: mira como todos se escandalizan, y creen aquellas maldades que publican del Señor, y hablan mal de su Divina Magestad, y le echan maldiciones, diciéndole muchos oprobrios. Y como dice S. Buenaventura (a), quando pasaba por debaxo de los balcones, y ventanas arrojaban agua encima de su Magestad Divina, diciéndole horribles injurias, y por todo pasa nuestro Dios, bebiendo como agua esas afrentas por mí.

323 Considera ahora al Señor en aquel largo camino, que (como dice Andricomio) habia desde la casa de Pilato al Monte Calvario mil trescientos veinte y un pasos (b), los quales anduvo el Señor cargado con el peso de la Cruz; y así debes considerar á su Divina Magestad, que

(a) L. de Med. cap. 77. (b) Theat. Terr. Sanct. de S. Jord. num. 111.

temblando todo el santísimo Cuerpo por la grande flaqueza en que se hallaba, rasgadas, y despedazadas todas las carnes, molido el cuerpo, y todo desangrado, clavadas setenta y dos espinas en la cabeza, desvanecida por causa de los dolores, de los gritos, y de la flaqueza, y falta de la sangre, ciega la vista, y turbada por la hinchazon de los ojos, y la sangre helada en ellos, tupido con la misma sangre los oídos, y narices, y abierta la santísima boca, y toda ensangrentada, acelerada la respiracion por el peso de la Cruz, y la violencia con que la llevaba, y fuera de todo esto, por ser pesadísima la Cruz, tosca, y bronca su corteza; y el palo mayor, como era muy largo, iba arrastrando por las piedras, y con los saltos que daba, hería en los hombros, y moliendo las santísimas, y llagadas espaldas, atormentaba los huesos descarnados. Fuera de esto (como dicen nuestro Taulero, y Blosio) cogía debaxo una sogá, que era áspera, y muy gruesa, pegada á la misma carne, y con el ludimiento se le entró por la espaldilla izquierda, y le hizo una larga, profunda, y dolorosísima llaga, tal, que era la mayor de todo el santísimo cuerpo. ¡Mira con tantas penas, y dolores, cómo andaba, cómo se movía, y caminaba! Vé siguiéndole, y mira cómo vas, no vayas á tus anchuras, ni con galas, y

regalos, viéndole ir tan cargado de oprobrios, dolores, y angustias.

¶ Otrosí: considera como entre muchas veces que cayó el Señor por aquellas calles, como dixo nuestra Señora al Beato Alano, comunmente se cuentan tres, por las tres caídas que da el hombre por los pecados original, mortal, y venial. La primera caída, como dice Andricomio, fué á los ochenta pasos que anduvo, despues de haber salido de casa de Pilato; y la causa de esta caída, como de las demas, fué la furia cruel con que le llevaban sus enemigos. Dice el Incógnito, que lo arrebataron como furiosos leones, y con ansia tan rabiosa de quitarle la vida, que cada momento se les hacia un tiempo muy largo, y así le daban muchos palos, y golpes; y el que lo llevaba por la sogá del cuello, tiró con fuerza, y arrojado de los que venían atrás con un grande empujón, cayó el Señor en tierra, y dió con sus santísimas rodillas en las piedras, y juntamente con los codos, que por no alargar la Cruz, no se ayudó con las manos, y así se lastimó amargamente en los codos, y rodillas. Así consideran muchos piadosamente esta caída. Ya has visto caído á tu Redentor; ahora has de considerar cómo se levanta, que es otro nuevo dolor, y tormento. Piensa que le dan de palos, golpes, y puntapiés

pies para que se levante, como dice Santa Brígida. Haz cuenta que le ves, que asiendo la Cruz con la una mano, y arrimándola á la cabeza contra la corona de espinas, porque no se cayga del hombro; con la otra mano hace fuerza en el suelo, y así poco á poco se pone de rodillas, y luego con aquella mano tira adelante la túnica, y levantando la rodilla, se queda sobre la otra, y afirmándose con el brazo de la Cruz en tierra, y con la mano en la rodilla levantada, con increíble dolor se pone en pie, y prosigue su camino.

324 Considera como con esta caída, y con los golpes que se dió en las piedras, y los que le dieron los Verdugos, quedó muy mas quebrantado, y que vá caminando con mayor flaqueza, y temblor, ya mas inclinado que antes á la tierra; y como ya los pasos van mas lentos, y cansados, á ese paso va creciendo la ira de sus enemigos, y le dan mayores golpes; y por último, habiendo llegado con increíble pena á la puerta Judiciaria, como dice Andricomio, volvió á caer en tierra; y tú puedes piadosamente entender que la impaciente ira de sus enemigos le derribó como de antes, y que dió otro mayor golpe, y que se lastimó en las rodillas, y codos, ensanchando las heridas antecedentes con nuevo

dolor, y doblada pena, y que padeció dobladas fatigas para levantarse, y doblados tormentos; porque como le iban faltando las fuerzas, y el cuerpo se iba rindiendo al peso de la Cruz, y á la fuerza de los golpes, es de creer, que muchas veces, estando ya casi en pie, como los Verdugos, impacientes con la tardanza, no pudiesen sufrir el que no se levantase con presteza, le darian golpes, y con ellos volvía á caer el Señor: y esto puedes pensar que sucedía muchas veces, hasta que asiéndole de la sogá, y de los cabellos, le levantaban en peso con terrible dolor, y afliccion de su corazón. Mira, y atiende, Christiano, el amor con que el Señor te da la mano, y levanta de tus caídas; y la crueldad con que á él le levantan, sin haber quien le dé la mano, ni le ayude; porque quantos le asisten, le miran con rencor, y odio mortal; y si no fuera por darle afrentosa muerte, allí caído le cosieran á lanzadas todo su divino cuerpo, y arrastrándolo lo arrojáran en un barranco para que allí le comiesen los perros; y esto no lo extrañes; porque como el demonio era autor de estas crueldades, no llegará hombre ninguno jamas á imaginar cuánto era el rencor de aquella fiera infernal contra este Señor, y cuánto deseaba hacerle caer en alguna impaciencia.

Con-

325 Considera como puesto en pie el Señor, fué caminando con indecible flaqueza, hasta que, como dice San Buenaventura (a), el Metafraste (b), y Santa Brigida (c), se encontró con su Madre Santísima, que por verle, y juntársele había atajado algunas calles, y le estaba aguardando allí, por donde sabia que había de pasar. Ahora mira tú si hallas palabras para ponderar la pena, y el dolor de los dos Hijo, y Madre. ¡Qué sentiría aquel ternísimo corazón de nuestra Señora, quando le vió venir tan quebrantado, tan lastimado, ensangrenado, y afrentado, que á las mismas fieras moviera á compasión! ¡Qué sentiría aquel clementísimo Señor quando alzase los ojos, y encontrase con los de la santísima Madre que le miraban! ¿Quién puede aquí explicar el quebranto, y dolor de aquellos dos amantes corazones, y el sentimiento que de repente les sobresaltó, lo que interiormente se hablaron uno á otro, sin mover los labios? Esto, ni hay consideracion que lo pueda penetrar, ni menos puede haber corazón, por duro, y empedernido que sea, que si lo considera, no se deshaga en llanto: tú puedes considerar que nues-

tra Señora se quedó yerta, é inmovil; y á no haberla asistido con singularísima providencia la Omnipotencia, en aquella calle se hubiera caido muerta, aunque tuviera mil vidas. Considera tambien que el Señor se quedó tan traspasado con el dolor mortal, que le ocasionó la vista lastimosa de su inocentísima Madre, que suspendió algun tanto los pasos; y entonces le dieron tan grande empellon los Verdugos, que cayó en tierra como muerto; y esta puedes entender que fué la tercera caída, en donde reveló su Divina Magestad á mi Padre Santo Domingo (d), que totalmente desfalleció, sin poderse mover debaxo de la Cruz. Ves aquí, Christiano, al Hijo santísimo caido delante de su Madre, y á la Madre casi muerta delante del Hijo: ves aquí el Sol, y la Luna eclipsados, y fixos cada uno en su lugar, sin poder moverse: mira lo que les cuesta tu alma: mira qué cara empresa la de tu salvacion, y qué gran peso el de tus culpas, pues llega á rendir los hombros de aquel Gigante invencible de la eternidad.

326 Considera como aquellos Ministros del demonio, de todo punto irritados, con tantas veces como caía nuestro Señor,

(a) L. In vit. Christ. c. 17. (b) Serm. de Assumpt. (c) Ub. sup. (d) B. Alan. p. 4. cap. 10.

le maltrataron mucho mas en esta, que en las otras: dábanle golpes, tirábanle por la soga, pero todo en valde; porque aunque el Señor forcejaba para levantarse, era tal el temblor de todos sus miembros, que flaqueaban, y no podian sustentar el peso del cuerpo. Piensa tú ahora, que aquellos sacrilegos Principes, y Pontífices de los Judios, viendo que el Señor no se levantaba, como fieras, y lobos rabiosos se acercarían, y con su maldita cólera le dirian muchas, y grandes injurias, junto con muy malos tratamientos: levántate, embustero, embaídor (le dirian): ¿no decias tú que eras Hijo de Dios, y que te atrevas á derribar el Templo de Dios por tí solo, y volverlo á edificar en tres dias? Segun eso, fuerzas tienes; pues levántate, y camina; y con esto le daban golpes, y le herian: mas el Señor, por mas que se molían, y se mataban en darle golpes, y puntapiés, no se movia; porque con lo que hacian, para que su divina Magestad se levantase, con eso mismo lo postraban mas; y así lo conocieron, que estaba en grande manera debilitado, y que si no se daban priesa, se les habia de quedar muerto entre las manos, y no habian de conseguir el fin que pretendian, que era el que muriese en la Cruz; y con eso trataron de buscar quien se

la ayudase á cargar. ¡O Reyna de los Angeles, y Madre de piedad, y qué tan terrible encuentro habeis tenido! ¡O alma santísima, y corazón piadosísimo! ¡Qué tal sería el dolor, y sentimiento, que pasasteis con tan lastimosa vista, viendo delante de Vos así postrado, desfallecido, apurado, y tan inhumanamente tratado á vuestro Hijo santísimo! Y Vos, Omnipotente Señor, que sustentais el Orbe con un dedo; ¿cómo estais tan flaco? ¿Puede por ventura la grandeza de los tormentos quitarle á vuestra Divinidad las fuerzas? ¿Pues cómo no aplicais á vuestra santísima Humanidad las que le faltan? Mas, ¡ó altísima disposicion del divino amor! Quería el Señor admitir á los hombres á la gloria de su Cruz, porque por ella habia determinado darles la de su bienaventuranza: quería que sus amigos le ayudasen á llevar la Cruz, y no consintiesen, que solo su divina Magestad la cargase, sino que cada uno aplicase á ella el hombro, y cargándola, le siguiesen. Por eso suspende la Divinidad el socorro, y esfuerzo, á la santísima Humanidad, porque quiere que desde luego se entable en los hombres el cargar la Cruz, y seguir al Cordero con los dolores, y amarguras. ¿Si te harás de rogar ahora, viendo lo que ves, Christiano? Mas atiende á la consideracion que se sigue.

327 Considera como los Judíos y Ministros andan buscando quien cargue la Cruz del Señor; y como en toda aquella multitud no hallaron uno que la quisiese llevar, así echaron mano de uno, que venía del campo, y aun ese no quería, y le hicieron fuerza para que la cargase. En esto has de aplicar la consideracion, y vér que entre tanta gente, como allí iba, no hubo uno que se moviese, siquiera de lástima, á ayudar al Señor, porque todos se afrentaban de llegar á la Cruz: no me espanto, que entonces era afrentosa la Cruz; pero que hoy, quando es de tanta gloria, que los Angeles la adoran, y los Príncipes mayores del mundo la veneran, haya quien se afrente de cargarla! Todos se la dexan al Señor cansado, y fatigado, y no hay nadie que alargue la mano á cogerla, ni quien la quiera llevar, acompañando á la divina Magestad; y si algunos la llevan, son como el Cireneo, que vino forzado á cargarla; así todos de mala gana la llevan, y solo el Señor la lleva de puro amor. Ea, pues, alma, ya que imitaste al Cireneo en llevarla por fuerza, muda ya de intencion, como él, de quien piadosamente puedes creer, que aunque al principio llegó violentamente

(a) S. Leo, sermo de Pas.

to, así que vió aquel lastimoso espectáculo, aquel santísimo Señor tan postrado, y tan cargado de martirios, mudó el dictamen, y lo que antes hacia de mala gana, viendo á su divina Magestad, lo hizo de buena, movido de amor, y compasion; y así lo dan á entender los Santos, que afirman, que el tal Simon Cireneo fué Santo. Esto puedes tú hacer: llégate á este Señor á verlo, meditarlo, y considerarlo tan afligido, y fatigado con la Cruz acuestas, y á pocas veces te inflamará en amor de aquel Señor, que por tí se puso en tantos trabajos, y llevarás por su amor los tuyos, que son la Cruz, para que su divina Magestad te llame.

¶ Otrosí: considera como Cireneo echó mano á la Cruz, y la levantó un poco, y con eso pudo levantarse el Señor, y proseguir su camino; y no pienses que el Señor alargó de todo punto la Cruz; porque aunque algunos lo dixeron, otros mas conformes al Evangelio dicen que el Señor cargaba la parte de delante, que era la mayor, y el Cireneo cargaba la parte de atrás, que era la de menos peso; y esto lo hizo el Señor por grandes misterios, como advierten los Santos, San Gerónimo, San Hilario, y San Leon (a): lo uno, porque como el Cireneo era Gen-

til, quiso el Señor dar á entender, que á las glorias de su Cruz habia de traer á la gentilidad, y privar de ellas á los pérfidos Judíos por sus enormes pecados. Lo otro, porque la Cruz, que cargó el Señor, nadie la puede llevar, porque era infinito peso; ayudar sí. Lo otro fué un misterio de grande enseñanza, y es para que entendamos, que quando el Señor nos llama al camino de la Cruz, no es para cargárnosla toda, ni para dexarnos solos con ella: él se carga la mayor parte, y nos dexa la menor: él va delante venciendo todas las dificultades, y nos lleva tras de sí á su sombra, y amparo, para que ninguno desmaye con tan divina compañía. Ea, alma, ya con esto me parece que te debes animar. Si el Señor te llama para la Cruz, y trabajos, abrázalos con amor, y dale gracias por la singular merced que te hace, puesto que te pone en el mismo camino que él tuvo por bien de andar por tí, que es el camino Real de la Gloria, y ninguno anda por él solo; que como quiera la compañía del Señor, sin duda la tendrá, porque de ese camino jamas falta su divina Magestad, ni faltará jamas al que por su amor se entra por él, como lo ha dicho, que con los suyos está en la tribulacion.

328 Considera como cami-

nando el Señor con su Cruz, ayudándole el Cireneo, le seguia una multitud grande de hombres, y mugeres, y estas lloraban amargamente la muerte, y trabajos del Señor. Oyó su divina Magestad el llanto, y volviéndose á ellas, las dixo, que no llorasen por su Pasion, y muerte, sino que las lágrimas las derramasen por sí, y por sus hijos, porque vendrian dias por ellas, en que dirian: Bienaventuradas las estériles, que no tienen hijos, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no criaron: entonces direis á los montes que vengan encima de vosotras, y á los collados, que caygan, y os sepulten; porque si en el arbol verde se hace esto, ¿que será en el seco? Estas son las palabras que dixo el Señor en aquella ocasion, en que iba tan fatigado, y son dignas de eterna memoria, y que ninguna te quede que no consideres, y medites con particular atencion, por ser todas de altísima doctrina; porque si los consejos, que los padres dan á los hijos estando para morir, quedan perpetuamente en su memoria; mucha mas razon será que estas palabras de nuestro Salvador, aunque no fuera por otra razon que por haberlas dicho estando tan cercano á la muerte, vivan eternamente en nuestras memorias; y así, para cerrar